

Fantini; miró en redondo aquel salón donde ella decía tener su vida, y poco después salió con ella, ya que por su culpa había tenido que interrumpir su cotidiana inexorable caza de visitas.

Y la vió por la calle, en la tristeza brumosa de la noche de Diciembre, pararse tres o cuatro veces en medio de una inundación de gente para agredir a éste y a aquél: y observó que aquellos señores agredidos le alargaban la mano, volviendo la cara; y cada vez que esto ocurría, con una extraña voz de rabia y de llanto, oyó repetir a Momolina su frase acostumbrada:

—Pero, ¿usted me había prometido ir a verme! ¡Venga usted, venga! De cuatro a seis. ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

PLUMA

Había ya advertido la enferma, que la conmiseración de los parientes hacia ella, no era tanto por sus sufrimientos cuanto por los que daba, sin quererlo, con aquel mal suyo incurable; y que, en suma, nacía esta compasión afanosa de un cierto torpe remordimiento.

El grueso marido, calvo y cejijunto y aquella prima gruesa también, pobre, acorazada con dos enormes senos, con cabellos que parecían un casco de hierro sobre la estrecha frente y con aquel par de horribles anteojos sobre la fiera nariz, un poco bigotuda además, querían sufrir por ella, creyendo pagar de esta manera la tranquilidad y el bien que les hubiera venido de su muerte. Y, en efecto, cuando ella sufría acudían a su lado, solícitos y presurosos; pero después, apenas el mal le daba descanso y ella, calmada, gustaba por

cualquier pequeñez de una leve alegría inocente, de una dulzura de respiración nueva entre la blancura fresca de la cama recién hecha, ni el uno ni la otra participaban ya de aquel júbilo; se separaban del lecho; la dejaban sola, acaso para que la ilusión de aquel bien suyo no le durase demasiado.

En fin, cartas boca arriba: no le concedían el derecho de estar bien; le concedían, en cambio, el derecho de que los atormentase con su mal, cuanto más, mejor; todo lo más que pudiese. Y parecían como querer que la enferma les agradeciese esta disposición.

¿No era bastante?

Para atormentarlos, pobrecitos, no podía ella hacer menos. No dependía de ella. Que después la dejasen sola en los momentos de descanso, no sólo no le importaba nada, sino que le producía, además, un gran placer, porque bien sabía que aquellos dos ni lejanamente podían imaginar con qué cosas gozaba y vivía la enferma.

Al parecer, con nada. Y, efectivamente, ya no vivía de aquello que todos los demás necesitan para vivir. Tanto, que podía creer que a nadie privaba de nada, permaneciendo allí en espera de la muerte, que no venía. Pero, a menudo, los ojos, que tenían aún el límpido brillo del zafiro, ellos solos vivos sobre la débil demacración de la carita diáfana, se refan, maliciosos, de los parientes. ¿Por qué? Acaso se

veía a sí misma, como aquella hormiguita del apólogo en su libro de lectura de cuando era niña: la hormiguita que, atravesando una calle, preguntaba a los transeuntes:

—¿Qué estorbo os da, buena gente, esta pajita que llevo a rastras?

¿Una pajita? ¡Nadal! Pero pretendía la hormiga que todo el tráfico de la calle, gente y vehículos, se detuviese para dejarla pasar con aquella brizna.

¡Y si al menos hubiera pasado! Pero no pasaba nunca: no podía pasar, porque verdaderamente tampoco pasaba el tiempo para ella.

* * *

En la vana espera de la muerte, la vida exterior se había como ensordecido para ella.

Años y años duraba con aquel mal suyo que ningún médico hasta ahora había sabido explicar; y no se comprendía cómo en la luz de aquella vasta alcoba blanca, sobre el amplio lecho blanco, había llegado a ser más frágil que los insectos del verano que, al tocarlos no más, son leve polvo de oro entre los dedos. ¿Cómo podía, tan frágil resistir los espasmos de aquellos fieros accesos, tan frecuentes, del mal? No parecía un dolor humano, porque le arrancaba de la garganta hondos

gritos de fiera. Y sin embargo, resistía. Poco después, calmada, quedaba como si tal cosa. Enflaquecía cada vez, eso sí; y más que el verla, era un espanto imaginar a qué punto de demacración llegaría a reducirse de aquí a diez, de aquí a veinte años, ¡quién sabe!, porque acaso por veinte años todavía, y más, podría seguir sobre aquel lecho enflaqueciendo y esqueletizándose viva; y no obstante, no sólo no se deformaba sino que cobraba antes una cierta gracia infantil suya, por la cual parecía no enflaquecer, sino empequeñecerse toda, poco a poco, a medida que el tiempo pasaba, como si, por prodigio, hubiese de salir de la vida no ya por la vejez, sino por la infancia, hacia atrás.

Los ojos, empero, los ojos con el brillo de su luz azul, en aquella débil carita de niña, no eran infantiles: se hacían, por el contrario, cada vez más diabólicamente maliciosos; máxime cuando, después de los accesos del mal, todavía hecha un ovillo en el lecho, con la cabecita pegada a la almohada, sobre el embozo de la sábana en desorden, miraba las espaldas del gordo marido y de la gorda prima, que se iban alejando inclinados y silenciosos de su cama.

¡Desesperados, los pobrecitos! ¡Quién sabe qué discursos harían entre sí, al lado de allá, y qué pensarían, al de acá, mientras la velaban! Acaso la veían como sumida en un ex-

traño impenetrable encanto, que la presentaba ante ellos lejana, lejana, y sin embargo, allí mismo, delante de sus ojos. Acaso aquello que ella llamaba «sol», aquello que ella llamaba «aire», cuando, con una voz que no parecía ya humana, decía «sol», decía «aire», a ninguno de los dos les parecía ya que fuese el mismo sol y el mismo aire suyo. Era, en efecto, como el sol de otro tiempo, como el aire que ella pudiese respirar en otros lugares lejanos. ¿Dónde? ¿Cuándo? No, por cierto, aquí; no ahora en esta alcoba, sobre este lecho. Ahora, debía parecerles a ellos que la enferma ya no tenía necesidad ni de sol, ni de aire, ni de nada. Pero entonces, lejos, en el tiempo en que ella—que parecía presente—seguía viviendo como era, con el sol, con el aire de cuando era bella y sana y alegre, y los límpidos ojos de zafiro tenían estremecimientos de deseos y arrebatos de risa; allí donde lúcidos, precisos, con todos sus colores, con todas sus líneas en movimiento, como si se reflejaran ante ella en un espejo, aunque a mucha distancia, le vivían todos los aspectos de su vida, no ya pasada, sino presente todavía e inmutable, porque la enferma seguía siempre viviendo en ellos.

Se balanceaba andando, ¡pero tan ligera!, por aquel túnel verde del largo emparrado opaco, con el sol deslumbrador en el fondo; las manecitas rosadas presas a las alas del gran

sombrero de paja recogido sobre las mejillas por una cinta de terciopelo negro anudada bajo la barbilla. ¡Oh, aquel sombrero de paja! Sobre el cristal azul de la fuente del fondo del emparrado, donde ella corre a mirarse, parece un cestillo derribado, lleno de cabellos de oro.

¡Las paredes de aquella fuente son de greda, como ahora éstas manos tuyas, y acaso también las mejillas, de greda!

Pero no, no... Se ve allí, como en una barca, sola, en el mar agitado. Las olas la asaltan, la rodean, la azotan. Y ella se siente agua, se siente viento, viva en medio de la tempestad. Y cada vez, a cada azote, ¡ah!, siente un divino embeleso, que la hace gritar, como ebria. Una fuerza ágil, prodigiosa, tremenda, la lanza, y después la balancea espantosamente. Y en este espanto vertiginoso, ¡qué deleite!

Pero no hay que abusar de esto; si lo hace, viene el afán de nuevo y el feroz mordisco de aquellos dolores al pecho, que la hacen rugir como una fiera. No, no: hay que tenerla lejos —así—, aquella vida suya, para vivirla solamente allí.

¡Oh, cómo le placen ciertos días de nubes claras, después de las lluvias, con el olor a tierra mojada y en la luz húmeda la ilusión de las plantas y de los insectos de una nueva primavera! Por la noche, las nubes se derraman

sobre las estrellas y las inundan, para después dejarlas reaparecer sobre breves, profundos, claros de azul. Y ella, con el alma llena de la más angustiosa dulzura de amor, ahonda los ojos en el nocturno azul, y se bebe todas aquellas estrellas.

* * *

Pocas gotas de agua, es verdad; alguna gota de leche, ahora, y nada más. Pero en el sueño en que perennemente vivía aún con los ojos abiertos, venían a nutrirla en abundancia los recuerdos que eran su vida. Le traían no ya la materialidad, sino la fragancia y el sabor de las comidas de entonces, de aquellas que más le gustaban, frutas y verduras, y el aire y la alegría, y la salud.

¿Cómo podía, pues, morir? Después de un leve sueño, su alma quedaba plenamente restaurada, y bastaba a su cuerpo, tan reducido como era, que casi no era cuerpo, una gota de agua, una gota de leche.

La gordura grosera de los cuerpos, no sólo del marido y de la prima, sino de cuantos se acercaban al lecho era, desde hacía tiempo, a sus ojos, a todos sus sentidos agudísimos, de una pesadez insoportable, y motivo de disgusto y, alguna vez también, de terror. La diáfana sutileza de las aletas de su naricita temblaba,

se pasmaba, advirtiendo los nauseabundos olores de aquellos cuerpos, la densidad acre de sus alientos; y casi tenían peso para ella también sus miradas, cuando se le posaban encima para compadecerla. Sí, sí, esta conmiseración, como todos los otros sentimientos y deseos, en aquellos cuerpos, tenían peso para ella y también detestables olores. Escondía, por esto, a menudo, la cara bajo las almohadas, hasta que se alejaban del lecho. De lejos, con más espacio, a la clara, aérea levedad de su sueño, los miraba y, dentro de sí, se reía de ellos, como de gruesas bestias extrañas que no podían verse a sí mismas como las veía ella, condenadas al afán de estúpidas necesidades y de graves y no limpias pasiones.

Más que de todos los otros, se reía entre sí de aquel marido, cuando lo veía plantado, sin moverse en medio de aquella alcoba, con la preocupación grave y lúgubre de los bueyes. Aún tan de lejos, le descubría la piel esponjosa, sembrada de puntitos negros. En verdad él creía que se lavaba bien todas las mañanas; bien, como se lavaban todos los demás, pero también a todos los demás, por mucho que se lavasen, les quedaban siempre en la piel aquellos puntitos negros. Podía advertirlos ella sola, como sola advertía también la granulosis de las narices y tantas otras cosas que, miradas a lo lejos, eran para ella divertidísimas.

La gruesa prima con los anteojos, por ejemplo, no podía menos de bajar los párpados apenas ella le fijaba la vista, como de costumbre, con la cabeza reclinada en las almohadas y sobre lo blanco del embozo de la sábana.

Sobre aquel blanco su carita casi desaparecía, y sólo se veían, agudos y brillantes, los dos grandes ojos de zafiro, como dos vivas joyas posadas allí.

Se reían, empero, ardían diabólicos de risa, no porque bajo los anteojos de la prima se advirtiesen gruesos y largos, casi metálicos, los pelos de las cejas de ella, como antenas de insecto, sino porque la enferma sabía bien que la prima, que venía aquí tan pacífica, con el aire de mosquita muerta, a asistirle, dejaba en las otras habitaciones de allá un drama que más torpe no se podría imaginarse en aquella gordura: el drama de su pasión, pobre prima gorda con anteojos; el drama, cierto, de su vergüenza y de sus remordimientos; pero también—¡oh, Dios, perdón!—, también de sus secretos placeres carnales con el grueso primo, envenenados por sabe Dios cuántas lágrimas, ¡pobrecita!

Hubiera querido decirle que no se preocupara tanto en ocultarse, porque ella lo había adivinado todo de un golpe, y le parecía naturalísimo que ambos a dos, primo y prima, visto que la muerte no venía por aquí a liber-

tarlos, se hubieran puesto por allá en relación marital, con sus gruesos cuerpos—¡oh, Dios, se comprende!—, tentados uno hacia otro por la cercanía y la necesidad de un consuelo recíproco. Naturalísimo. Y ya dos veces, en seis años, la pobrecita se había visto obligada a desaparecer, la primera vez por tres meses, la segunda por dos. Porque—es sabido—no se satisface sin consecuencias, la mayor parte de las veces, esta ardiente necesidad de consuelo recíproco. El marido le había dicho que la prima se iba al campo a descansar un poco. Se lo había dicho, no obstante, con tal aire extraviado y vergonzoso, que seguramente ella hubiera reventado de risa en las barbas de él, si le hubieran quedado, por cierto, ganas de reír. Pero ya no podía hacerlo más que con los ojos. ¡Reír, reír fuerte, con su rosada boca, con sus dientes brillantes, reír como una loca, podía únicamente hacerlo evocando el pasado como un sueño vivo en el que se viese con su imagen rosada y fresca de salud; y allá sí, allá en aquella evocación se había reído tanto como una loca!

Acaso debería arrepentirse de ello, como de un pecado, porque costaba necesariamente lágrimas a los otros aquella inútil risa suya. Pero, ella, ¿qué iba a hacerle, si no se moría? Y luego, ¿para qué arrepentirse, si el uno y la otra, cansados de esperar la muerte de ella, se habían ya entendido entre sí? ¿Era porque no

podían, mientras ella estuviese allí, regularizar su unión y el nacimiento de los dos hijos? ¡Debieron haber pensado antes en eso de los hijos! ¿Los habían hecho y ahora lloraban? Por fortuna, en verdad, aquellos dos pequeñuelos no podían todavía tomar parte en sus tribulaciones, libres, como la enferma, de la grosería de las carnales y complicadas pasiones.

* * *

Tuvo la prueba de aquéllo, un día.

En la amplia alcoba luminosa no había nadie a la sazón. De vez en cuando le resultaba cómodo a la prima creer que la enferma estaba durmiendo y que podía por tanto dejarla sola, no obstante la expresa recomendación del marido. (Se habían entendido los dos, pero ciertamente de un modo curioso, esto es, salvando en sus corazones, gruesos pero tiernos, el afecto hacia la engañada, un afecto que aparecía tanto más cómico cuanto más se mostraba sincero y conmovedor, pero que, no obstante, acaso debía producir a la gorda prima, alguna vez, una cierta sombra de celos, como cuando él, por ejemplo, al sostenerla en los accesos del mal, le ponía en orden, con dedos temblorosos, los largos cabellos de oro, recuerdo de íntimas caricias lejanas.) Mas dejemos esto. Aquel día, la prima la había dejado

con ojos bien abiertos; pero no importaba: debía creer que estaba durmiendo, y había salido hacia mucho de la alcoba, cuando de pronto la puerta se abrió y entró una niñita gordinflona con anteojos, que apretaba con un bracito sobre su pecho una muñeca tiñosa, en camisolín colorado y con un pie de menos, y en la otra mano una manzana mordida. Entró extraviada y titubeante como una gallina escapada del corral y refugiada por casualidad en un gabinete. La enferma, sonriente, le hizo señas con la mano para que se acercase a la cama; pero la niña no se atrevió y se quedó como encantada, mirándola de lejos. Con los anteojos, pobre pequeñuela, quién sabe si alguien hubiese querido creer de quién era hija; pero, bien nutrida, sana y plácida,— se podía jurar—que en absoluto ignoraba los afanes que había debido costar a su madre echarla al mundo felicemente; lo ignoraba y era feliz con la linda manzana roja que se podía entre tanto comer, así con toda la piel y con la sola ayuda de los diente-cillos, en este ilícito mundo, donde para ella sólo quizás a las muñecas les podía ocurrir la desgracia, y sin mucha pena, de perder un pie o la peluquita de estopa.

Quiso tener piedad; y cuando, poco después, la madre acudió toda trastornada y casi aterrada a retirar con furia aquella niña de la alcoba, donde por cierto había entrado elu-

diendo la rigurosa vigilancia, cerró la enferma los ojos y fingió dormir profundamente. Fingió dormir también cuando la prima, aún toda turbada, vino a tomar de nuevo su puesto de asistencia junto al lecho; pero, qué tentación de abrir de pronto los ojos, que se refán, y de preguntar de improviso a la prima:

—¿Cómo se llama?

Sí, vaya, necesitaba un día u otro llegar a esta resolución. ¡Quién sabe cuántos desórdenes ocasionaba allá dentro el mantener todavía aquí este inútil misterio! Y además se morfa de curiosidad por saber si el otro hijo era un gordinflón u otra gordinflona, y si también esta segunda, para no tropezar, iba con anteojos.

* * *

Pero aquel misterio se quebrantó por sí mismo de un modo inopinado, pocos días después de la entrada furtiva de aquella niña en la alcoba.

Gritos, llantos, estruendo de sillas derribadas, un gran tumulto, vino de las habitaciones de allá, a la hora del almuerzo. Ella adivinó que alguien era arrastrado con mucho trabajo, sostenido por la cabeza y por los pies, de una habitación a otra, desde el comedor a una cama. ¿El marido? ¿Un ataque de apo-

plegía? Los llantos, los gritos eran desesperados. Debía de haber muerto.

No para ella, que tanto tiempo hacía estaba esperándola, presa suya segura, sino para otro que no la esperaba, había entrado la muerte en la casa. Había entrado, quizás pasando por delante de la puerta abierta de aquella alcoba blanca; quizás se había detenido un momento a mirarla sobre el blanco lecho; luego se había introducido en el comedor para golpear con su garra curva, por detrás, sobre el cráneo reluciente del grueso marido, atento, sin sospecha alguna, a devorar su ración abundante.

¿Debía ella llorar por esta desgracia? Lo era, para aquellos que continuaban en la vida. Las fiestas, los lutos, las alegrías, los dolores de los demás no lo eran ya para ella desde hacía mucho tiempo: desde su lecho los consideraba sólo como aspectos bufos de cosas que no le pertenecían. También ella era de la muerte. Aquel tenue hilo de vida, que conservaba aún, servía para conducirla fuera, lejos, al pasado, entre las cosas muertas, en las cuales sólo su espíritu vivía aún, no pidiendo de lo de ahora, a la vida de los demás, sino una gota de agua, una gota de leche; no podía, pues, ligarla otra cosa a esta vida de los otros, desde hace tiempo extraña a ella, como un sueño sin sentido.

Cerró los ojos y esperó que a la parte de allá aquel tumulto se calmara poco a poco.

Al cabo de algunos días vió entrar en la

alcoba, vestida de negro, entre las dos niñas, ellas también de negro, la gruesa prima con los anteojos, deshecha en llanto. Se le plantó como una pesadilla allí delante de la cama; después tuvo movimientos y sacudidas de rabia; y al fin, estimó de justicia gritarle en la cara su desesperación, mostrándole las dos pequeñas huérfanas, y el daño irreparable que la enferma les había hecho no muriéndose antes. ¿Cómo, cómo se verían desde ahora aquellos dos angelitos? ¿Y ella? ¿Ella?

La enferma escuchó primero asustada; pero después, trasportándose lejos del espectáculo un poco teatral de aquella desesperación, sin embargo, sincera, no escuchó más; miró fijamente a la otra niña que aún no conocía y notó con placer que ésta no usaba anteojos. Le pareció un gran consuelo sentirse ella tan tenue, casi impalpable, entre el frescor de las sábanas blancas, blanca también, en frente de toda aquella negrura angustiosa, tempestuosa, bañada de lágrimas, que envolvía y trastornaba a la gruesa prima; y bien bufo le pareció que ésta le hubiese quitado, así, el luto de su marido, y lo hubiese impuesto a aquellas dos pobres criaturitas que afortunadamente tenían el aire de no acordarse ya de nada y un gran asombro pintado en los ojos desencajados, por haber entrado, al fin, en aquella alcoba prohibida y por verla a ella sobre la cama mirándoles con curiosidad afectuosa.

No comprendían en verdad aquellas dos niñas que la enferma les hubiera hecho un daño tan grande como gritaba su mamá desesperadamente. Pero, ¿es que aquéllas no tenía remedio? ¿Ningún remedio? Lo pedía a nombre de las pequeñas para ahorrarles el susto de todo aquel llanto y de todos aquellos gritos. ¿Qué era aquéllas? Y, en fin, ¿por qué aquel llanto y aquellos gritos? ¿De qué se trataba? ¿De dejar todo lo que poseía a aquellas dos pequeñas? ¡Pues, en seguida, pronto! Verdaderamente, la enferma, creía no poseer más que aquel tenue hilo de vida, sin otra necesidad que algún sorbito de agua, alguna gota de leche. ¿Qué le importaba de todo lo demás? ¿Qué le importaba dejar a los otros aquéllas que no era ya suyo desde hacía tanto tiempo? ¿Era labor difícil y muy complicada? ¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Por qué? Entonces, sí que era una torpeza insostenible la vida, si una cosa tan sencilla podía volverse difícil y complicada.

Y le pareció ver entrar en su alcoba, algunos días después, la grosería de la vida en la persona de un notario, el cual, a presencia de dos testigos, se puso a leer un acta interminable, de la cual no comprendió nada. Al final, con mucha delicadeza, vió que le presentaban un objeto que no veía hacía mucho tiempo. ¡Oh, una pluma, para que pusiera su firma en aquel documento, no sólo a la terminación,

sino muchas veces en las márgenes de todos los folios!

¿Su firma?

Tomó la pluma; la observó. Casi no sabía ya cogerla entre los dedos. Y alzó después hasta la faz del notario los límpidos ojos de zafiro con una expresión extraviada y risueña. ¿Su firma? Luego, ¿es que ella soportaba aún el peso de un nombre, de un nombre que tenía que dejar allí sobre aquel documento?

Amina... y después, ¿qué? El nombre de soltera, y después el de casada. ¡Oh!, ¿y también *viuda* había que poner? *Viuda...* ¿ella? Y miró a la prima. Luego escribió: *Amina Berardi, viuda de Francisco Vismara.*

Se quedó contemplando un momento aquella escritura temblona sobre el papel. Y le pareció muy bufo que se pudiera creer que en aquella línea manuscrita estuviera ella verdaderamente, y que los otros no sólo se pudieran contentar, sino creerse muy felices, con aquella firma, como a virtud de un acto de gran generosidad, que constituía una verdadera fortuna para las dos pobrecitas pequeñas vestidas de negro. ¿Sí? Y aún más, aún más firmas... *Amina Berardi, viuda de Francisco Vismara...* Para ella era como un juego agradable ir arrastrando aquel largo nombre tan estúpido por encima de todos aquellos folios de papel sellado, igual que una niña vestida de persona mayor arrastra la larga cola del traje de mamá.